

PROGRAMA "CAPITOLIO"

"METRO PICTURES"

Compuesto solamente de grandes exclusivas

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

Libro de Blasco Ibañez - Dirección de Rex Ingram
por Rodolfo Valentino y Alice Terry

Cleo la Francesita

por Mae Murray

La Dama de las Camelias (versión moderna)

por Nazimova y Valentino

No me olvides

por Bessie Love y Gareth Hughes

Mujeres Frívolas

por Bárbara-La-Marr, Ramón Novarro y Lewis Stone

La Rosa de Nueva-York

por Mae Murray

Juventud Victoriosa

por Billie Dove

La famosa señora Fair

por Myrtle Stedman, Marguerite de la Motte,
Cullen Landis y Huntly Gordon

Eugenia Grandet

por Alice Terry y Rodolfo Valentino

La Fuga de la Novia

por Viola Dana

Lejos de la Civilización

por Alice Terry y Ramón Novarro

Retenga esos nombres y acuda
donde se exhiban si quiere admirar
lo mejor en cinematografía.



E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 61

25 cts.



¡ESTABA
ESCRITO!

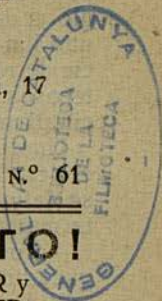
por
Elinor Fair
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 17
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 61



¡ESTABA ESCRITO!

por el gran artista ^(KISMET 1920) OTIS SKINNER y
la deliciosa ingenua ELINOR FAIR.

Versión cinematográfica del drama KISMET, obra
del eminente orientalista EDWARD KNOBLOCK.

Programa CAPITOLIO

CONCESIONARIO: S. HUGUET
Calle de Provenza, 292 — Barcelona.

Argumento de la película de dicho título

La acción se desarrolla en la ciudad de Bagdad, la perla engarzada en el Tigris.

La mendiguez, en los tiempos de nuestra narración, constituía en la Arabia una profesión denigrante, pero socorrida. Los que se dedicaban a ella empleaban tretas ingeniosas; eran agoreros y consumados prestidigitadores.

Uno de esos mendigos, Hadji, es el personaje de más relieve de la novela. Sentado junto a la Mezquita Mayor, día tras día, en una piedra secular, obtenida por patrimonio, se amparaba en la caridad de las gentes. Y no debía irle mal el negocio a Hadji, pues jamás pasó por su mente cambiar de «profesión». El mismo *Jatib*, el predicador de la citada mezquita,



considerado un santo por los fieles, con arreglo á las prescripciones del Profeta le daba una limosna en días determinados... una especie de renta creada para los apócrifos menesterosos. El predicador, en funciones de Muecin, llamaba á los fieles á las plegarias.

Un día, un hombre, anciano y paralítico por el peso de los achaques, llegó á la Mezquita y se detuvo frente á Hadji, á quien habló de esta manera:

—Poca ha sido tu suerte, Hadji. Veo que sigues implorando la caridad... Toma...

Y, luego, el viejo, desapareció en la penumbra del santo lugar, sin que Hadji le hubiese reconocido...

Mientras Hadji, intrigado, seguía con la vista al anciano de luenga y blanca barba que dos servidores sostenían, otro mendigo, aprovechándose de que la piedra de Hadji estaba libre, sentó en ella sus reales. Pero Hadji, al poco rato, le invitó á que se marchara de allí, diciéndole:

—...Este sitio es mío, porque lo heredé, con el derecho de mendigar en él, de mi padre, y yo lo hubiera legado á mi pobre hijo si viviera... Márchate, pues, de aquí...

Como el «compañero» se resistía á obedecerle, Hadji, sin miramiento á su enclenque constitución, le arrojó de su puesto como si fuera una muñeca de trapo.

El maltratado mendigo, terco y vengativo, iba á sentarse en la piedra situada al otro borde de la escalera que conducía al portal de la Mezquita Mayor, pero también Hadji se opuso á que lo hiciera, dándole estas razones:

—...Ahí se sentó muchos años Jawan, el hombre que siendo mi amigo huyó arrebatándome á mi esposa, después de inmolar la vida

inocente de mi hijo... Pero, volverá... Mi venganza le espera y le reserva este lugar... No puedes quedarte tú en él...

Terco hemos dicho era el debilitado mendigo, pues no se avino á marcharse y se sentó en el suelo... Hadji, le dejó en paz con aire de vencedor.

Nasir, un acompañante de forasteros, copartícipe en variados negociejos de mendigos y mercaderes, salió de la Mezquita y dirigiéndose á Hadji le manifestó:

—He traído al viejo aquí y te ha dado un cequí de plata; lo he visto... Dame mi parte.

Hadji, al corriente de los procedimientos lucrativos empleados por Nasir, le dió la suma que le correspondía, y antes de que volviera á la Mezquita le preguntó:

—El anciano que acompañas me conoce... ya lo has oído; y sin embargo, no recuerdo haberle visto antes de hoy... ¿Quién es?

—Es el *Sheik* de la tribu nómada más poderosa del desierto; el enemigo irreconciliable del difunto Califa. Hoy, al fin, viene á someterse, para lo cual impetra en este momento del *Jatib* el perdón por su rebeldía... Te diré un secreto que le afecta, para que lo aproveches en nuestro beneficio... En una de las escaramuzas que sostuvo, años ha, con las tropas del Sultán fallecido, éstas se llevaron á un hijo, niño de pocos meses, al que busca incesantemente desde entonces...

—Hiciste bien en enterarme de eso y ya verás tú cómo le saco yo á ese algunas monedas.

El anciano apareció en seguida; Hadji, poniéndosele delante, y reverenciándole, exclamó:

—Por milagro de Alá, generoso *Sheik*, me son conocidos los arcanos de tu espíritu... Decidiste rendir vasallaje al Sultán, porque an-

sías la tranquilidad necesaria para inquirir el paradero de tu hijo...

—¿Acaso tú sabes algo de él...?—se apresuró á interrumpirle el viejo.

—Sí, tu hijo vive, y sé donde se halla, pero no me es dado decírtelo... Sólo puedo afirmar-te que le verás hoy...

—¿Me dirás, al menos, hacia dónde debo caminar mis pasos?

—En la ciudad le hallarás...

—Al permitir Alá que seas tú quien me dé tan fausta nueva—añadió el *Sheik*—comprendo que se apiada de mi desolada senectud; y, creeré que ha reducido á polvo el justo rencor de un enemigo, si accedes á bendecirme...

—Toma, pues, mi bendición.

—Gracias Hadji... Pero, ¿no me has conocido?

—¡Ehl ¿Tú? ¿Eres tú?

—Sí, soy tu colega de antaño... Jawan... el que adoptó la apariencia de mendigo para poder impunemente buscar al hijo desaparecido... Tú nunca reconociste bajo mis harapos al poderoso *Sheik*, señor de las llanuras.

—¡Ah miserable!

—Retenedle. ¡Qué le vamos á hacer, Hadji! Los encantos de Zoráida, tu esposa, se interpusieron entre nosotros; y Ali, tu hijo, pereció el día aciago en que descubrió nuestra traición... Fui un gran culpable, lo reconozco... pero acabas de perdonarme: me has bendecido...

—¡Ah, pero, ladrón de mi felicidad...! ¡Apartaos, vosotros...!

—Nada podrás contra mí, Hadji... Es muy poco un pordiosero para vengarse de un *Sheik*... Sin embargo, quisiera aquietar tu iracundia... Esta bolsa, bien repleta de cequíes, te ayudará...

—¡No! ¡Ven aquí, infame; recoge otra vez tu dinero, que la sangre de mi hijo no tiene el precio que crees...!

Sus lamentos se perdieron en el vacío, pues el *Sheik* se alejaba con sus servidores y Nasir.

La bolsa tirada á los pies de Hadji por su falso amigo, no había sido recogida, y mientras, encolerizado, el burlado esposo y adolorido padre, seguía imprecando al malvado, el mendigo terco y enclenque, con avaricia inmensa intentaba apoderarse del dinero... pero Hadji fué más listo que él á pesar del furor que le cegaba, y tomando la bolsa, cogió por el cuello al pordiosero y le amenazó con tan duras palabras como las que siguen:

—Estrangularé á Jawan después que te ahogue á tí, villano... ¿Qué pensabas hacer con su oro maldito?...

Afortunadamente, no por compasión al miserable, calmóse su cólera, y se contentó con arrojarle de nuevo contra las piedras, de las que, el terco, terco de veras, no se movió...

Hadji, contemplando la bolsa de rico contenido, exclamó:

—Quemaría mis manos, si no fueras talismán que allanará el camino de mi venganza...

Y escondió el oro en su pecho...

Y le negó la parte que le correspondía á Nasir, que se dió maña en volver á reclamársela, manifestándole que no había recogido la bolsa... y poniendo por testigo al infortunado pordiosero que se puso, temeroso tal vez de una nueva paliza, de su parte.

Nasir, convencido de que Hadji le engañaba, le dijo, en son de guerra:

—¡Quédate con todo, pero yo daré con el medio de que pagues cara tu felonía!

Hadji, al perderse de vista Nasir, estrechó

contra su mal cubierto pecho la preciada bolsa, y en el aire sonaron estas palabras:

—¡Con ansia infinita esperé la hora expiatoria del malvado que mancilló mi hogar y le llenó de agonía! ¡Por fin va á sonar!

Después, *caritativo*, dijo á su «compañero» que le miraba con asombro:

—He ahí mi sitio, que fué de mis antepasados, y no seguirá siéndolo mío porque la justicia de los hombres impondrá otro derrotero á mi vida... Te lo cedo... Disfrútalo dignamente...

Agradecido, el terco, por serlo, murmuraba que se había salido con la suya...

El Califa Ixem, noble y bondadoso príncipe, de ilustración depurada, acababa de subir al Trono de sus abuelos.

La primera providencia adoptada por Ixem había sido designar, para el cargo de Gran Visir, á su preceptor el sabio Omar Ben Almocrí.

En uno de los patios del Palacio del Visir de la Justicia, iba á consumarse horrenda iniquidad; y enterado de tal cosa, Ixem mandó suspender la ejecución de un centenar de sentenciados á la decapitación.

Almidán, el confidente del Visir de la Justicia, Mansur, y el sugeridor de sus malos pensamientos, vió á los emisarios del príncipe en el patio de la ejecución, y con Mansur presencié la revocación de la orden dada por éste.

—El Califa se inmiscuye en tus atribuciones—le dijo—. Mal augurio para tí.

Mansur, humillado, dirigióse hacia la sala de Audiencia del Soberano, y le suplicó una explicación.

—Quiero que cese la obra sangrienta de sayones y verdugos que caracteriza la justicia—respondió Ixem—. En lo sucesivo, sólo se

cumplirán las penas de muerte sancionadas por mí.

—Esos que has visto, magnífico Señor, son facinerosos sorprendidos en flagrante delito de robo...—arguyó el Visir de la Justicia—. Tu egregio padre me tenía ordenado que procediese contra ellos, pronta y rigurosamente...



—El Califa se inmiscuye en tus atribuciones...

—Pero no que lo hicieras sin llenar las fórmulas procesales...—añadió Ixem—. La justicia sin esa garantía, es la mayor de las injusticias...

El Gran Visir estaba con Ixem, y Mansur,

envidioso de su alto cargo, le miró con rencor, y de regreso á su Palacio, echando chispas de odio por los ojos, dijo á su confidente:

—Ixem está imbuído en las gazmoñerías del hipócrita Almocri.

Sin embargo, el Gran Visir Almocri, era un hombre leal y su único objetivo consistía en ayudar al nuevo Califa á sanear la administración moral y material de su reinado.

Ixem, atendía las sabias indicaciones de su ex preceptor, y unido al respeto que le debía, iba cierto cariño repetidamente demostrado. Y he aquí que una vez, el Gran Visir vió desoída una advertencia suya al Soberano. Aquél, viendo que Ixem se revestía de los atavíos de la gente del pueblo, le había dicho:

—No me parece prudente que salgas de incógnito, como antes... Hoy eres el Representante de Alá en la Tierra y no debes exponer á que sufra detrimento tu sagrada jerarquía...

Ixem, le contestaba:

—Nada me sucederá, no temas... Ahora, más que antes, es necesario que siga tus enseñanzas... ¿No me tienes dicho que un príncipe debe conocer por sí las miserias de sus súbditos, para remediarlas?...

La réplica había sido buena y mandó callar al profesor. De modo que Ixem salió de su Alcázar para confundirse con la plebe...

El Gran Visir había enterado al Califa de una anomalía observada en los gastos del Visir de la Justicia, que no aparecían comprobados, temiéndose existiesen inversiones fraudulentas, y aquél ordenó que se avisara á Mansur para que compareciera ante él aquel mismo día, al mediodía, con todos los comprobantes de sus notas.

Para alcanzar el siniestro fin que se había

propuesto Hadji, precisaba que se proveyese de indumentaria aparente, y para ello había ido al barrio de los mercaderes. Dos de éstos, seducidos por el alegre tintineo de las monedas dentro de la bolsa que Hadji agitaba delante de ellos, le colmaron de atenciones y le ofrecían lo mejor de sus mercancías.

Nasir, que no perdía de vista á Hadji, para vengarse de la «mala partida» que le había jugado, negándole la mitad del dinero del *Sheik*, se hallaba, oculto, á poca distancia de él, y le espiaba...

Marsinah, la hija de Hadji y de su segunda esposa, ya difunta, vió un día, no lejano, á Albihar, un joven escultor, y de la simpatía que brotó de sus almas vírgenes, nació un amor puro. Las entrevistas de los enamorados se sucedieron desde entonces y cada vez Marsinah tenía que recorrer á habilidosos subterfugios para alejar de la casa á Jargis, su guardiana severa é incorruptible, aunque poco despierta. Ese día, precisamente, mientras su padre hacía compras, la mandó á buscar una madeja de lana amarilla á la ciudad, de cuyo centro vivía algo apartada, y pudo acudir á la cita que en el fondo del jardín de su propia casa había dado á Albihar.

Como los demás días, el galán llenó de emoción el corazón de la doncella, que le miraba con ternura infinita con sus bellos ojos soñadores, cubierto el rostro hasta el borde inferior de los mismos, como es costumbre en Arabia en las mujeres, y se infiltraron con tal poder los juramentos de amor imperecedero en el alma de Marsinah, que no pudo resistir al ruego de Almihar de que se descubriese la cara. Ella lo hizo en un momento de irreflexión—como suele ocurrir con todas las don-

cellas que aman—y él, al ver su magnífico rostro, exclamó, henchido de vehemente pasión:

—¡Eres muy hermosa! ¡No soñé que lo fueras tanto!

Marsinah, reaccionando — aunque ya era tarde —, volvió á cubrirse, y dijo, como arrependida:

—No debí haberme quitado el velo... Jergis dice que, así como ofende al azór la vista del sol, ofende á la honestidad de una doncella la mirada de un hombre...

—De un hombre extraño sí, amor mío, pero yo no lo soy para tí... Además, si al descubrirte hubo falta, fué mía la culpa y la repararé gustosísimo.

Marsinah no tuvo más fuerzas para seguir oponiéndose á las caricias del amado escultor, y por fin, atreviéndose éste á confesarle clarívidentemente su infinito amor, la besó... Ella, entonces, desconcertada como si hubiese cometido un grave pecado, sintió ansias de llorar... mas Albihar, dulce como un niño que con sus gracias sabe hacerse perdonar sus travessuras, la atrajo, más absolutamente dueño de ella, hacia sí y juntos, en perfecta comunión de anhelos, llenaron en el aire un brillante pentágrama de esa armonía tan bella que se llama ilusión...

Mientras tanto, Hadji preparaba una treta para llevarse lo que acomodase de lo ofrecido por los dos solícitos mercaderes, sin sacar ni un cequí de la bolsa. En efecto, consiguió encender en ellos la envidia elogiando y despreciando, según le convenía, comparándolos, los géneros que ambos le mostraban como superiores, y cuando consideró llegado el momento de pronunciar la última palabra para

que la cólera necesitase de un buen reparto de puñetazos para calmarse, Hadji dijo á uno de los mercaderes, mientras el otro buscaba un nuevo artículo para ofrecérselo:

—Ese siempre habla mal de tí... Ya ves, sus paños no valen lo que los tuyos y pretende que son mejores y te insulta... Yo, en tu lugar, no me conformaría con devolverle los insultos... Ayer le oí asegurar que tú compras mercancías á los salteadores de caminos...

Dando crédito á las falsas palabras de Hadji, el mercader engañado se dirigió á su vecino de puesto y le increpó:

—¿De modo que, según tú, yo soy un encubridor de ladrones...?

Amoscado por la rivalidad que Hadji había sabido crear en aquel momento entre ambos mercaderes, el preguntado contestó al compañero mandándole á la ceca y á la meca, pues suponía que buscaba un pretexto para intimidarle á fin de que le dejase el campo libre para hacer solo su negocio con Hadji; pero de las palabras, á medida que se exaltaban los ánimos, fueron pasando á los hechos, y poco después un corro de gente presenciaba á los dos comerciantes rodar por el suelo de la plaza, á donde habían ido á parar en busca de mayor sitio para pelearse mejor, administrándose mutuamente una soberana tunda.

Hadji, muy oportuno, hizo un paquete con lo que más le gustó de los artículos ofrecidos por los «luchadores», y escabullóse entre la multitud pasiva y vocinglera... Pero Nasir le había visto.

Cuando intervino la policía, los dos mercaderes se disculparon por el espectáculo que habían dado, manifestando que eran buenos

amigos y que acababan de saldar una diferencia comercial.

Pero el espectáculo que dieron los robados fué mucho mayor que el de la riña, cuando notaron el engaño de Hadji.

La policía tomaba notas... pero el ladrón resultaba desconocido. Sin embargo, Nasir estaba allí y dijo:

—... Yo sé dónde vive ese hombre...

Y se prestó á guiar los pasos de la justicia contra Hadji, mientras éste tomaba tranquilamente un baño en el establecimiento más celebrado de la ciudad.

Mansur, el Visir de la Justicia, estaba hondamente preocupado, porque comprendía perdida la preponderancia de que abusaba en tiempos del anterior Sultán.

Nada podía distraer á Mansur; y Albejor misma, la bella favorita de su harem, la que encantó hasta entonces su existencia con sus sonrisas fascinadoras, fracasó en su intento de serle agradable y sacarle de su ensimismamiento, pues él no le hizo caso y la apartó de sí como una cosa que le repugnase sentir á su lado.

En este estado de cosas llegó un mensaje para Mansur. El Califa le mandaba llamar para dentro de unas horas á su presencia, con los documentos justificativos de sus gastos. Mansur contestó al enviado que cumpliría el mandato del Soberano. Luego, alarmadísimo, dijo á su confidente Almidán:

—¿Cómo podré presentar comprobantes, si no los tengo...? ¡Se pretende infligirme la muerte afrentosa de los malversadores del caudal público, bien lo veo...!

Y su furor, era incontenible...

Hadji salía de la casa de baño—en la que

habían instalado sus industrias sastres y peluqueros—, transformado en un *bajá*... y se dirigía hacia su casa.

La vuelta de Jargis, con la madeja de lana amarilla, obligó á los enamorados á separarse rápidamente—pues la guardiana de Marsinah golpeaba nerviosamente en la puerta de la casa—, pero Albihar aún tuvo tiempo de musitar á su amada del alma:

—...Esta noche cuando la luna tienda su albo manto sobre la tierra, habré venido á buscarte y serás mi esposa...

La llegada del potentado, en quien no era posible reconocer al mendigo, causó en el mísero barrio extrañeza inusitada. Marsinah misma y su guardiana se creyeron caer de espaldas ante el fastuoso porte de Hadji.

La admiración de Marsinah alcanzó su grado máximo cuando su padre la hizo sentar en el suelo á su lado y le fué entregando las joyas y prendas de vestir que para ella había «comprado».

Ocupados en tal operación, llamaron á la puerta. La guardiana de Marsinah abrióla y apareció la policía con los dos mercaderes y detrás de todos, Nasir.

Y prendieron á Hadji, á quien dijeron:

—Comparecerás, con tus acusadores, ante el Visir Mansur.

Nasir, que Hadji descubría al ir á salir de su casa y cuya delación para vengarse, veía clara, le preguntó, en son de mofa:

—¿De qué te servirá ahora la bolsa, amigo..?

Marsinah imploró á la policía piedad por su padre, pero la tierna muchacha no sólo no fué escuchada, sino que un policía le cortó la salida de su casa, para seguir al preso, arrojándola al suelo con violencia.

Mansur y Almidán, su sangriento confidente, discutían sobre el grave caso que se le había planteado al primero.

—No pienses en confesar; ni confíes en la clemencia... —le decía Almidán.— Adoptar un procedimiento dilatorio tampoco nada resuelve porque agotado el plazo que para justifi-



... y le fué entregando las joyas y prendas...

carte acuerden, tu muerte deshonorosa es segura...

—Entonces, ¿qué he de hacer?...

—¿Y... si... muriera el Sultán?.. ¿No crees sería una gran solución?... —le preguntó, quedamente, Almidán.

—Sí... lo sería... ¿Te encargarías tú de ello, Almidán?..

—Bien quisiera, pero soy muy viejo... Me faltan las fuerzas... Yo sólo puedo darte, como hasta aquí, buenos consejos... Mira, ese puede

obedecerte ciegamente: Kafur, el hercúleo etíope...

—¡No... Kafur, no... Todos saben que es mi esclavo...!

Mansur, á quien la idea de asesinar á Ixem le parecía excelente, se preguntaba dónde hallaría el hombre valeroso para realizar tamaña hazaña, cuando uno de sus servidores vino á anunciarle que dos mercaderes acudían en demanda de su alta justicia contra el mendigo Hadji.

Mansur, en funciones de Visir de la Justicia, dió audiencia á los reclamantes y ante él comparecieron los dos mercaderes, Hadji y Nasir algo distanciado de ellos.

—Soy víctima de una trama, Señor... —exclamó Hadji— Se me acusa injustamente.

—Basta. El Alcorán, el libro por excelencia, que contiene las revelaciones divinas, será oráculo y juez de tu causa—sentenció Mansur, pues ese era el método rápido de justicia que empleaba.

Los esclavos trajeron el Alcorán y Mansur dijo á Hadji:

—Ábrelo tú mismo y la página por la que lo hagas, dirá si has delinquido y en este caso la pena que mereces...

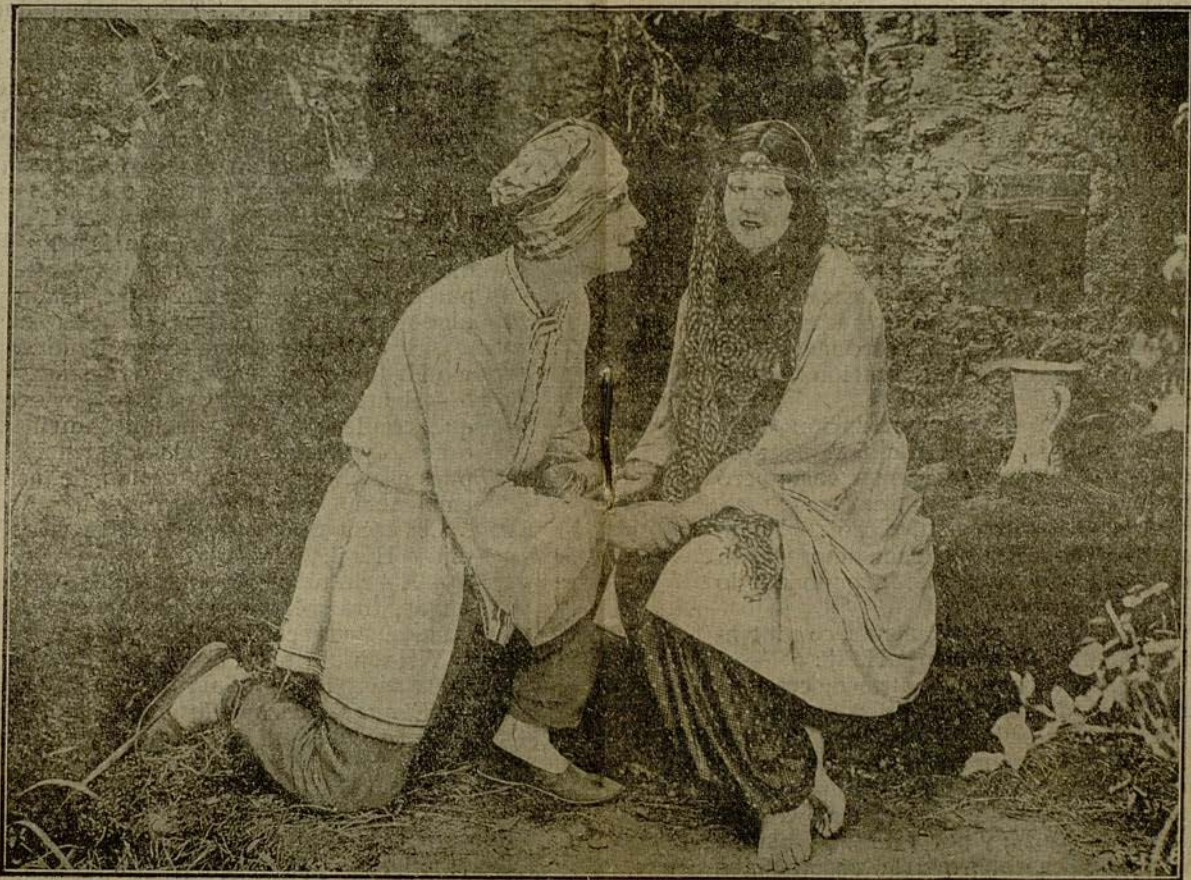
Y Hadji abrió el libro santo..., y lo hizo con mala suerte, pues lo abrió por esta página:

“El que se apropie la hacienda del prójimo contra la voluntad de éste, comete execrable delito.

Será cortada la mano que se apodere de lo que no le pertenece.”

La sentencia no podía ser más terrible para Hadji, quien, suplicante, exclamó desesperado.

—Ten piedad de mí, excelente Visir... Yo no he hurtado nada á esos hombres.



... llenaron en el aire un brillante pentágono de esa armonía tan bella...

Mansur, inflexible, ordenó que se cumpliera el fallo pronunciado por el Alcorán, y ya la cimitarra del etiope iba á consumarlo, cuando la llegada de un emisario del Soberano, suspendió la cruenta orden.

—Nuestro magnánimo Señor, el Sultán Ixem —dijo el enviado—, se ha servido disponer que hoy, á la puesta del sol, ceses en tu cargo de Visir de la Justicia.

Partido que fué el emisario, Mansur, iracundo, recibió un nuevo consejo del impasible confidente.

—Eso te deshonra, es verdad; pero no debes abatirte... Irás este mediodía al Alcazar, como si nada ocurriera, y para que puedas reflexionar con tiempo, ya que no hay otro medio, pedirás un plazo para la justificación de tus cuentas...

Después de esta breve interrupción de la aplicación de la pena contra Hadji, Mansur ordenó que el etiope zanjara aquel caso; pero Hadji, balbuceante, imploró al primero:

—Los mercaderes mienten, Señor... Yo no soy un pordiosero... Tengo mucho dinero. Esta bolsa está casi llena, y les he pagado con lo que falta.

Mansur miró la bolsa ávidamente, con intención de quedársela y contestó á Hadji:

—Si no nos pruebas lo contrario, creemos que también has hurtado esta bolsa.

—Me la dió el Sheik famoso, que durante tantos años hizo la guerra al Sultán...

Como Nasir estaba allí, Hadji sonrió de gozo al comprender que con denunciarlo correspondía á su venganza; y por tal razón añadió:

—Nasir, aquí presente, que le acompañaba y no le denunció, no obstante saber que su ca-

beza ha sido pregonada, podrá atestiguar que digo verdad.

La declaración de Hadji interesó vivamente á Mansur, que vió un medio de demostrar sus buenos servicios al Califa mandando detener al Sheik cuyo paradero obligaría Nasir á revelar so pena de someterlo á duro castigo en caso de negarse á ello. Así pues, ordenó á uno de sus soldados:

—Este hombre (se refería á Nasir) quedará preso después que te guíe al lugar en que se oculta el mayor enemigo de la dinastía... Una vez en tu poder el Sheik, le conducirás, al mediodía, á la presencia del Califa, que ya estaré yo allí.

Nasir, que no esperaba recibir tal sorpresa, maldijo mil veces al astuto Hadji.

Mansur, sin tener en cuenta lo manifestado por Hadji, porque según hemos manifestado, quería quedarse con la bolsa, dijo al sentenciado:

—Dame esa bolsa... Ocasionaste á los mercaderes un perjuicio. Les resarciré con tu mano derecha y el mandato divino quedará cumplido.

—No hagas caer esta mano, noble Visir... —volvió á suplicarle Hadji. —Si hallo clemencia júrote emplearla solamente en tu servicio... A una señal tuya, haré cuanto quieras... Mataré si lo ordenas.

Almidán, oportuno, susurró al oído de Mansur:

—He aquí el hombre que buscas.

Y Mansur, satisfecho de suponer en Hadji el hombre valeroso que necesitaba, anuló la sentencia, y le habló de esta manera:

—Eres hombre talentoso, Hadji... Acepto tu oferta; pero antes haré de tí un personaje... Te

pongo en posesión del alfanje de honor. Serás el Caid de los Caides...

Los mercaderes, asombrados, reclamaron al Visir los objetos robados, y Mansur, burlándose cínicamente de los infelices avaros, dió amplios poderes á Hadji para que los expulsara de allí como mejor lo entendiera, para lo cual éste no se hizo de rogar, y blandiendo el brillante alfanje obligó á aquéllos á emprender una carrera más que loca, de terror...

Luego Mansur, que se reía, tal vez porque renacia en él la esperanza de seguir en su puesto si otro Sultán subía al Trono, dijo á Hadji:

—Toma de mi guardarropa las galas que prefieras y vuelve antes del mediodía, para enterarte del primer servicio que espero me prestes. Entretanto, pasea, si quieres, por mis verjeles...

Albejor, la bella favorita, se preguntaba apenada por qué rechazó Mansur sus caricias.

Su doncella, atisbando el jardín á través de los cristales de una ventana del harem, vió á Hadji paseando con aire de gran señor, y dijo á Albejor:

—Pasea por el jardín un prócer, de altivo continente... ¿Quién será...?

Y como tuviera una idea, se la expuso á su dueña:

—Atribuyo el desvío de Mansur á que le hastían tus gracias... Quizá hayan perdido atractivo... ¿Por qué no intentas probarlo con ese magnate...?

Albejor aceptó la proposición que le hacía su doncella y la encargó de llevarle á su presencia al desconocido, cosa que le fué fácil conseguir á aquélla pues Hadji, paseando á la

aventura, se había internado en el palacio y se hallaba frente á una puerta que conducía á harem.

Albejor recibió á Hadji en su salón particular y nuestro héroe se creía entrar en el paraíso...

—Eres el Emir poderoso y valiente de un lejano país... ¿verdad?—le preguntó la favorita de Mansur.

Hadji contestó no era tal, y como Albejor pareció disgustarse, añadió:

—¡Oh, hurí radiante de hermosura...! ¿Me privas de la luz de tus ojos porque no soy Emir?... Si es por eso, te diré que si la veleidosa fortuna sigue empujándome, seré pronto más que un Emir...

Convencida de que Hadji era un personaje importante, Albejor le complació descubriéndose el rostro y le miró atenta al menor movimiento suyo, para cerciorarse, por el efecto que su belleza le produjese, si había de atribuir á falta de atractivos en ella la indiferencia del Visir, y vió como Hadji se emocionaba, y oyó su vehemente exclamación:

—¡Recatifa, qué mujer...! ¿Habré subido, sin notarlo, al paraíso de Mahoma...?

Y, claro, Hadji, suponiendo que sus gracias naturales habían enamorado á la catorce mil trescientas cincuenta y dos veces y media bellísima favorita, aprovecharse de la situación... sin que lograrse la menor concesión por parte de ella, quien considerando era peligroso que Hadji permaneciera allí en aquel momento, le dijo, para poder hablar más extensamente y con mayor libertad:

—Márchate ya, bien mío; y, vuelve á la hora en que el sol se pone...

A la hora convenida, Hadji presentóse á Mansur y se ofreció á servirlo:

—Estoy á tu albedrío... Manda y te obedeceré ciegamente.

Mansur, decidido, le ordenó:

—Quiero que mates hoy al Califa...

Al oír esto, Hadji espantóse y se negó con fiereza á obedecer.

—Ordena que corten mi mano—le dijo—, porque no podré hacerlo... Me pides un sacrilegio horrendo.

—Eso, antes de conocer mi secreto; ahora, imposible... ¡No saldrás de aquí con vida...!

—Haz de mi vida lo que te plazca, pues yo no puedo cumplir tu voluntad; sólo te suplico que me permitas dar la bendición postrera á mi pobre hija, que, muerto yo, quedará sin amparo..

Mansur, además de ser vicioso y mujeriego, porque serviría á su plan, interesóse entonces por la hija nombrada por Hadji, é hizo á éste la siguiente pregunta:

—¿Es joven y hermosa tu hija..?

—Muy hermosa es, Señor, y pura y sumisa y llena de virtudes...

—Yo seré su protector... La haré mi esposa esta noche...

—¿Tú, Señor...?

—¡Pero, me librarás antes del Sultán...! Si no lo haces, la cimitarra de Kafur dará cuenta de la vida de tu hija y de la tuya.

Hábilmente cogido entre dos finísimos filos de espada—su muerte y la de su Marsinah—Hadji, antes de acatar el deseo del Visir, le preguntó:

—¿Jurarías sobre el Alcorán desposarte con mi Marsinah...?

—Sí...

—Bien, pues... cumpliré tus deseos.

A continuación de esto, Mansur juró sobre el libro sagrado:

—Juro casarme hoy con Marsinah, la hija de Hadji...

Y, Hadji, luego, pronunció:

—... Y yo, matar al Califa Ixem...

Después del sagrado compromiso contraído mutuamente, Mansur dijo á Hadji:



—Ordena que corten mi mano, porque no podré hacerlo.

—Te presentaré al Sultán como á un hechicero portentoso, y mientras hagas ante él los juegos de manos en que tan hábiles sois los mendigos, aséstale el golpe... Entretanto advierte á tu hija que mis esclavos van á buscarla.

Almidán, que presenció las descritas escenas entre Mansur y Hadji, aconsejó al primero que tal vez no era prudente permitir que Hadji

saliera solo, por si se iba de la lengua, y Mansur le replicó, muy tranquilo:

—No temas... No hablará antes del acontecimiento, porque ha jurado y es mi cómplice... Después..., ya haré que sobreviva pocas horas á su víctima...

En el Alcázar del Califa, las odaliscas bailaban en su honor, distraían al príncipe bondadoso, en vista de lo cual el Gran Visir, cuando cesó la fiesta, le tomó aparte y le habló en confianza:

—Tu castidad era una virtud digna de encomio hasta el presente... Hoy, no lo es ya... Estás obligado, cuando menos, á elegir una esposa...

A lo cual, Ixem, respondió:

—Esta noche daré fin á mi vida de célibe. Cuando conozcas á la preferida de mi corazón comprenderás que valia la pena de esperar.

Mientras las odaliscas danzaban, Ixem había contemplado una rosa que le diera la amada al despedirse poco antes de ella... y como Marsinah también dió á su galán una rosa, ustedes saben desde ahora que el escultor Albihar, el novio de la hija de Hadji, el que había prometido á ella misma que la haría su esposa aquella noche, era el nuevo Sultán, que había gustado siempre de confundirse, de incógnito, con el pueblo.

La noticia que tras ^{***}la sorpresa de volverle á ver libre llevó Hadji á su hija, llenó de zozobra el alma de Marsinah, y ésta se puso á llorar implorando clemencia á su padre.

Y Hadji, que no podía tener piedad porque había jurado á condición de que Mansur se casara con ella, no prestó oídos á sus lamentaciones.

—¡Es que amo á Albihar, el escultor, padre mío!... Y quería casarse esta noche... No te lo pude decir antes...—gemía Marsinah.

Llegaron los esclavos de Mansur y ya Hadji no oyó más el desesperado llanto de Marsinah...

Al mediodía, Mansur se presentaba á la Audiencia del Califa Ixem, y, delante de todos, le dijo:

—Mis secretarios, Señor, no han concluido la clasificación de los comprobantes que te has dignado pedirme... Además, me permito añadir, que en el instante en que me anunciabas que cesaba en mi dignidad, yo me desvelaba por tu seguridad. Prendía al más enconado adversario de tu estirpe... Puedes verle si place á tu grandeza...

El Califa ordenó que le presentasen el prisionero é inmediatamente compareció el anciano Sheik, que humildemente postróse de hinojos á sus pies:

—¡Oh, poderoso Señor!—exclamó—. Si durante largos años hice guerra leal á tu padre, hoy imploro de tí la paz y el perdón... Entré hoy en Bagdad con este propósito, que expuse, según los preceptos, al *Jatib* de la Mezquita Mayor.

Ixem, contestó:

—Llamaré al Santo *Jatib*, y si su testimonio te es favorable, cuenta con mi indulgencia. Preventivamente, serás mantenido en prisión.

Mansur, entonces, para continuar siendo agradable al Califa, le anunció que un sabio musulmán (Hadji), un mago de mérito singular, se ofrecía á hacerle algunas experiencias sorprendentes.

Ixem accedió á verle y Hadji, el falso sabio, aunque buen prestidigitador, durante sus expe-

riencias, consiguió que aquél descendiese del trono para ver de cerca una rosa que él había hecho surgir milagrosamente, y al curvarse el Califa, intentó asestarle una rápida puñalada en la espalda... pero falló el golpe al hacer un movimiento la pretendida víctima.

Descubierto, Hadji, acosado de preguntas por parte del Califa, lleno de bondad, arrepentido de haber querido matarle, acusó á Mansur, mas éste disculpóse enérgicamente.

El Califa comprendió la infamia de Mansur, y mandó que encarcelasen á Hadji y que el Visir de la Justicia, se constituyese en prisión en su morada, y no intentase salir de ella, interin no se le ordenase... Luego, se dilucidaría el grave asunto.

Hadji fué encerrado en un calabozo, en el que había otro hombre, que se ocultó al verle, y, poco después, el *Jatib* de la Mezquita Mayor notificaba al Califa:

—Venía ya con ánimo de participarte la buena nueva de que el Sheik del desierto imploró por mi mediación la paz, cuando me dijeron que querías informes sobre este punto...

De modo que el anciano rey del desierto tenía derecho al perdón...

El compañero de ^{***}prisión de Hadji era el Sheik, su enemigo, el apócrifo mendigo Jawan que huyó con su esposa y mató á su hijo, el hombre por cuya venganza de muerte había abandonado su profesión de pordiosero para convertirse en un gran Señor, cuando menos en apariencia.

Hadji le vió y pensó que era la sombra del hombre maldecido que pretendía amargar también los últimos instantes de su vida... Sin embargo, no tardó mucho en convencerse que

era Jawan en carne y hueso que tenía frente á sí, y se hubiese abalanzado sobre él si no se abriera en aquel mismo instante la puerta del calabozo, por la que aparecía el carcelero para anunciar la libertad concedida por el Califa.

Como que el anciano no podía andar por sí solo, ofreció una recompensa al carcelero —un tío bruto —si encargaba á dos de sus hombres para que lo transportasen á su esposa. Por el



... mandó que encarcelasen á Hadji y que el Visir...

dinero prometido, el carcelero aceptó complacerle, y mientras éste iba á buscar á los hombres que necesitaba, Hadji, de un salto plantóse ante Jawan ó el *Sheik*, como se quiera, y exclamó, dando grandes muestras de alegría:

—¡Loado sea Alá, que pone á mi alcance al ofensor de mi honra y matador de mi hijo! ¡Estaba escrito que yo no moriría sin tomar venganza del agravio y daños recibidos!...

El viejo no pudo defenderse, y Hadji, en un santiamén, le estranguló, y sus manos se llevaron de su cuello un objeto harto conocido por Hadji, quien, guardándose, dijo para sí:

—Es el medio amuleto de que me habló tantas veces... y cuya otra mitad pende del cuello de su hijo... ¡Oh, si plugiera á Alá que diera con él, mi venganza sería completa...!

Cometido su crimen, Hadji cambió sus ropas por las de Jawan, y, fingiendo ser éste, salió en una camilla, á la calle, en dirección á la posada, escapándose cuando el Muecín llamó, desde la Mezquita Mayor, á los fieles á las oraciones de la tarde, para rezar las cuales los camilleros se arrodillaron curvados sus cuerpos hacia el suelo.

La doncella de Albejor anunciaba á ésta la llegada de Marsinah, y como quiso verla, ella se le lamentó de esta suerte:

—¡Oh, mi señora! ¡Mi padre, accediendo á los deseos del Visir Mansur, me envía aquí para ser su esposa!

Airada, Albejor replicó:

—¿Tú, esposa de Mansur?... ¡Mientes, insensatal... ¿Conseguirías tú de él un honor que á mí me ha negado?

Acto seguido, mandó que Marsinah fuese llevada á la cocina de esclavos, pero Mansur, regresando del Alcázar del Califa, poseído de tremenda ira, revocó la orden para ver á la joven y ésta, llorando, solicitó su protección. Y al enterarse Mansur de que ella era la hija de Hadji, sonrió, y fué para besarla. Pero Marsinah le rechazó, diciéndole:

—¡Si me obligas á pasar aquí esta noche, no veré la luz del nuevo día! ¡Me mataré!

Mansur, que sólo deseaba castigar al traidor, contestóle:

—Te evitaré esa molestia, paloma blanca y arisca... Al despuntar la aurora y sin despojarte de tus atavíos nupciales, te entregaré á Kafur, un etiope infernal... Lo que él haga contigo será el pago que merece tu padre.

Albejor tuvo, pues, que despojarse de sus más valiosas joyas, pues Marsinah debía lucirlas aquella noche...

Por su parte, fiel á su palabra, el escultor Albihar, ó sea, puesto que ya hemos descubierto el incógnito, el Califa Ixem, preguntaba á Jargis, la guardiana de Marsinah, dónde estaba ésta, y enterándose de lo ocurrido por la tarde, se dirigió con sus guardias á casa de Mansur.

También Hadji, cumpliendo como un caballero, acudía á la cita que le había dado Albejor, y le reveló que él era el padre de Marsinah. Entonces, la favorita romántica le dijo:

—¿Y has sido tú, que dices amarme tanto, quien la ha enviado aquí para que me relegue?

Hadji, con suma habilidad, supo halagar á Albejor y obtuvo de ella que libertase á Marsinah, en su propio beneficio. Y fué la misma doncella de la favorita de Mansur quien condujo á aquélla á la Mezquita Mayor para ponerla bajo el amparo del *Jatib* de parte del mendigo Hadji.

Al oír que el supuesto magnate era un avaro mendigo, Albejor, mientras Marsinah se ponía en salvo, llamó á Mansur, para ser vendada por su osada ofensa y Hadji—acorralado por los esclavos—hubiera perecido en sus manos, ávidas de castigarlo, si Mansur no hubiese visto sobre el pecho del mendigo en cuestión, el medio amuleto á que nos hemos referido antes.

Y Hadji, con serenidad admirable, compren-

dió—al ver sobre el pecho de Mansur la otra mitad del amuleto—que éste era el hijo de Jawan, ya sacrificado á su venganza, y le dijo que él era su padre.

Y Hadji se aprovechó de la confusión de Mansur, para, obligándole á arrodillarse para recibir su bendición, matarle con el arma que perteneció á su verdadero padre, el Sheik, y con la cual, al arrebatársela a éste Hadji, también fué matado por el vengativo mendigo.

Nadie pudo evitar que Hadji rematase á su gusto á Mansur, á quien ahogó en la piscina del harem.

Llegó el Califa en busca de Marsinah.

Hadji, pidiéndole clemencia, le expuso, en breves palabras, lo sucedido, sin darse á conocer como el padre de Marsinah, pero Albejor, acudiendo en aquel momento, reveló su personalidad al Soberano. Este asombróse, mas, reponiéndose, sentenció en justicia:

—Por el amor que me inspira tu hija, la mujer que será mi compañera en esta vida, te eximo de culpa, pero te impongo una penitencia... Marcharás á la Meca, antes que rompa el día.

Momentos después, en la Mezquita Mayor, Marsinah preguntaba á Albihar, su novio:

—¿Quién eres tú, Albihar mío, que todos se posternan ante tí? ¿Serás acaso un Visir?

El Califa revistióse de sus galas soberanas, sin pronunciar una palabra, y Marsinah exclamó, atónita:

—¡Mi dueño amado y señor, es el hombre más grande de la tierra!

Y quiso arrodillarse, en señal de humildad. Pero Ixem la detuvo:

—No, de rodillas, no... En mis brazos siempre, junto á mi corazón...

Hadji, que, adolorido, había presenciado los

esponsales de su hija con el Califa, preguntó al *Jatib*, al alejarse los recién casados:

—¿No me es permitido, Santo *Jatib*, que bendiga á mi hija?

—No—respondió el Santo—. Desposada con el Pontífice de los creyentes, sería un sacrile-



... para matarle con el arma que perteneció á su verdadero padre...

gio que la rozaran tus manos pecadoras. Cuando vuelvas de la Meca, santificado de alma y cuerpo, quizás abrasces á tu hija...

FIN.

Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

Próximo número:

La magistral película
ORPHANS OF THE STORM

adaptación de la famosa obra de A. d'Ennery,

Las dos huérfanas

por las bellísimas hermanas
LILLIAN y DOROTHY GISH.

Obra cumbre de la cinematografía.

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

Ermete Zacconi

Precio 25 cts.

Sale todos los miércoles

Para el sábado día 29

...¿Qué será?...

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa